

## **Cuentos**

---

Román Castañeda

### **¿ ENCuentRO O DESTINO?\***

#### **1**

Disfrutó sin prisa y desde la punta del calzado italiano de estilo clásico, la visión de aquel par de piernas interminables y bien hechas, enredadas en un carrizo sugestivo. Al llegar a las rodillas, siguió con lentitud la línea entre los muslos cruzados y contemplo su desaparición a la sombra de la minúscula minifalda. Un sorbo de escocés le sirvió para afinar su instinto de animal de presa y otear el delicado aroma de la flor que sabía escondida al fondo de aquella garganta.

Midió el placer que podía proporcionar la grupa acorazonada, rematada en la sensual cintura, pero, le resultó un reto estimar el peso y tamaño justo de los senos, porque la caída de la blusa de seda cruda apenas le permitía vislumbrar la posición perfecta de sus cúspides.

Los brazos delicados terminaban en unas manos delgadas, de dedos espatulados, que sostenían el libro que la mantenía ausente de espíritu. Sólo pudo advertir algunos rizos dorados debajo del ala ancha de la pava veraniega, y el agradable contraste entre la voluptuosidad desafiante de los labios y la firmeza de carácter revelada por la gravedad del mentón. Estaba hecha a la medida.

*“¡Es una catedral!”* pensó casi con devoción, y no se percató de que la intensidad de su acecho le devolvía el alma al cuerpo. Cayó fulminado por un par de almendras pardas, acentuadas por unos pómulos afilados. La mirada, más de advertencia que de curiosidad, tenía la expresión solemne de un felino en reposo.

## 2

Desplegó sus artes de domador avezado, dedicándole un guiño apenas perceptible, mientras hacía venir al mesero. Le dijo algo inaudible e hizo aparecer en la mesa de enfrente una botella en la que, aseguraba el sello dorado sobre su superficie, habitaba un genio capaz de exacerbar los ánimos y las pasiones de quienes se arriesgaran a ingerirlo.

La invitación quedó servida cuando el mesero se retiró, luego de escanciar el contenido de la botella en una copa reluciente, cuya belleza consistía en no opacar en lo más mínimo el licor vertido en ella.

Sutilmente, el brillo de aquella mirada pasó a ser más de curiosidad que de advertencia. La aceptación del riesgo quedó cerrada con un brindis a distancia y sin palabras y, antes de que pudiera siquiera disponer el siguiente paso, ella incorporó su monumentalidad gótica y lo invadió sin misericordia. Lo persiguió sin tregua a través de una conversación hecha de

ademanes suficientemente refinados y ágiles, para mantenerlo a punto de despeñarse en los precipicios del intelectualismo o de la frivolidad.

Todas las palabras fueron dichas. Todos los terrenos visitados. Los abismos en los que habitaban sus demonios, los laberintos del corazón que sólo pueden atravesarse con ayuda de gnomos debidamente invocados, las oscuras junglas de las pasiones asoladas por brujas inmisericordes... y los ricos palacios de príncipes siempre dispuestos y princesas esperando el cumplimiento de promesas milenarias.

Se defendió con más maestría que elegancia del asedio que había provocado y, hábilmente la fue llevando al remanso de la similitud de sus vidas, encantándola con el espejismo de que las pocas y algo artificiales coincidencias que nombraron eran en verdad inexorables. La magia de transformar el deseo en destino les hizo desnudar el cuerpo en la medida en que descubrían el alma, convirtiendo aquel encuentro fortuito en un diseño cósmico. La botella estaba vacía.

## 3

El comienzo de la intimidad no fue más sosegado que el del acercamiento. Con las confesiones habían señalado el terreno, seleccionado las armas y ofrecido los triunfos. Y otra vez, ella tomó la iniciativa sin darle tiempo de llegar a la habitación.

Lo asaltó en el ascensor sin apiadarse de su terror cada vez que la lucecita de una nueva cifra se encendía. Lo succionó por la boca hasta dejarle la lengua anestesiada por el deseo, mientras le desbarataba con impaciencia la corbata *“¡cuándo las harán que no estorben!”*.

No tuvo pudores para arrancarle el botón del cuello en el momento en que la campanilla anunciaba el tercero de los ocho pisos que habrían de recorrer.

Entendió que le sería inútil aferrarse a los pasamanos dorados del elevador, y enfrentó el riesgo sin alternativas de apaciguar la pasión que brotaba a borbotones por cada poro de aquella mujer sin que la suya se le desbocara, al menos hasta cerrar la puerta del cuarto que parecía estar en Mongolia. Pero la visión de las deliciosas pecas del comienzo de los senos, bordeadas por el encaje del sostén de seda, traicionó su buen sentido y los despeñó en un abismo caluroso y agitado, que no les permitió percatarse de la mirada cómplice de la empleada que esperaba el ascensor en el quinto. Incluso, la puerta del aparato hubo de esperar abierta unos instantes mientras aceptaban el llamado de la octava campanilla, terminaban de mordisquearse el cuello recuperando el resuello y recogían aquel barullo de prendas ajadas por la ansiedad. Con poca compostura y mucha decisión, alcanzaron la estancia y se prometieron una tregua mientras intentaban abrir la puerta con manos temblorosas.

Se encerraron sin encender la luz y se tantearon en la obscuridad desabotonando camisas, desabrochando sostenes *“nunca he podido hacerlo al primer intento, no entiendo como lo hacen las mujeres”* *“issshhh!”*, buscando hebillas y abriendo cremalleras. Hasta sorprenderse por primera vez sin hojas de parra, en un paraíso sin dios, bañados por la luz de un astro plateado que se filtraba por entre las cortinas del ventanal.

Se felicitó por el acierto con que la había evaluado en el bar, mientras ella le daba la vuelta disfrutándolo como a un plato delicioso *“vaya hombre, que culo tienes... seguro que habrás partido a más de una en canal...iohhh!”* la belleza del mástil dispuesto le hizo olvidar la

respiración. Saltó sobre él a la manera de los felinos, tumbándolo sobre la cama, y le ató las muñecas a los barrotes con lo primero que encontró. Con una mirada infantil se apoltronó en su animal y se lo comió sin angustia, hasta que el último bocado la estalló en un paroxismo de gemidos y temblores, y tuvo que aferrarse con las uñas al pecho de su víctima agonizante para no morir del todo.

#### 4

*“Libérame”* le susurró con dulzura. Lo miró desde otro mundo con expresión de leoparda satisfecha. Con la modorra propia del amor cumplido, desató el moño de la manga de camisa con el que había asegurado su abordaje de corsario, y se abandonó sobre aquel madero de naufrago, navegando a la deriva de su respiración.

Luego del último estertor, se crucificó otra vez en el cuerpo de su hombre, perdidos los dos en la vastedad del cosmos. Un rayo dorado y joven, que se escurrió por entre las cortinas, los sorprendió flotando en el remanso de los sueños bien dormidos.

### COSAS DE MUERTOS\*

#### 1

Sólo he venido por un motivo. Quiero que me devuelvas ese pedazo de mi vida al que te aferras, para poder terminar de morirme. Porque quiero morirme, pero, para eso tengo que presentar mi vida completa, ya me lo han dicho. Y tú tienes el último pedazo...

Créeme, me da grima ver tu desconsuelo. Nos quisimos tanto que nunca me perdonaste el deseo incontrolable de expirar. A duras penas te resignaste con esa migaja mía, la que más

disfrutabas. Te la dejé únicamente por ver salir el sol en la cara cuando la sacabas para contemplarla. No sabía que iba a necesitarla ahora, pero ¿quién conoce en vida los requisitos exigidos para morirse?

Todos creemos que basta con que el cuerpo cese de respirar para estar muerto. Eso es apenas el preámbulo. No tienes idea de los trámites que hay que realizar para obtener el visado completo. Y los encargados son unos burócratas perversos: te tiranizan porque saben que no tienes alternativa, que a tu cuerpo se lo andan comiendo los gusanos.

Te dan derecho sí a unos pocos trucos para intentar recoger en el mundo de los vivos lo que te piden para entrar al mundo de los muertos: puedes aparecerte en sueños, como lo hago ahora contigo, o puedes reflejarte en el espejo del baño un instante. También es permitido hablar en susurros, hacer sonar las pisadas e incluso, acariciar cuerpos vivos, pero eso lo considero de pocos modales...

¿Vas a entregarme mi pedazo de vida? Sería estúpido acabar como uno de tantos espectros resentidos solamente por no tener los documentos en regla. Si tú me lo entregas ahora podríamos volver a ser felices cuando mueras... Vamos, no llores por favor... ¡Me parto en dos cuando lo haces!...

Está bien, haremos algo por ti y por mí. Al fin de cuentas apenas se trata de un trámite: falsificaremos ese aspecto de mi vida y tú te quedarás con el original. Pero únicamente podrás disfrutarlo a solas y sin resquemor. De lo contrario, las autoridades de inmigración me lanzarán al limbo de los aparecidos, y esa migaja ya no nos serviría de nada.

¡Ah! no sabes como me encanta ver salir el sol en tu cara.

No! No es cierto que querer morir se signifique no querer vivir. Sí, sí! Ya me lo has dicho muchas veces en mis apariciones: que no se puede estar vivo y muerto al mismo tiempo y por eso, elegir una opción equivale a negarse para la otra: ¡Lógica de vivos!. No fue una disyuntiva sino un deseo que me quitó el sosiego, sin darme oportunidad de aplazar su urgencia para no cagarte la vida.

Ahora te resistes a creer que de veras me atrapaste con tu pasión por la vida, hace tantos años, porque yo también hervía de vitalidad. Y nos entusiasbamos juntos sin sospechar que me llegaría el día, en el que me acometerían esas ganas de expirar que me rompieron las entrañas.

No quise hablarte de mi agonía y menos aun de mi fallecimiento. No! Yo, que había aprendido a amar hasta tus mínimos fragmentos, sabía que eras monolíticamente viva. ¿Por qué habría de joderte? Pero, cuando ya no fui capaz de continuar maquillando mi cara de difunto, te miré con mis cuencas vacías y con esa inocultable sonrisa de cadáver. ¡Muertecito!

Tú te lanzaste sobre mi atrevimiento traidor de perecer a tus espaldas. Me reclamaste por la audacia de presentarte mi desnudez verdosa ahora, hijo de mala madre; y me inquiriste icómo no! por tu hombre, el que vivía a tu lado y te hacía feliz, el de los hermosos ojos morenos y la boca carnosa que nunca paré de desear, el de los brazos robustos en los que siempre sentí que nada podría alcanzarme, el del cuerpo viril y caliente que se desfallecía en espasmos en mi intimidad. ¡Qué hiciste con él! ¿Vivió alguna vez? ¡Ah maldito! ¡Hiciste que malgastara mi pasión en un zombie maquillado!

\* Cuentos tomados de "Hojas de Arce"

## EL TAXONOMISTA\*

Frank Janke acababa de cumplir cuarenta años. Su estatura de 1.80 metros y el color azul de sus ojos y de las venas que se le traslucían por la piel de los brazos revelaban su estirpe teutónica. Estaba orgulloso de sus dientes blancos de no fumador y no aceptaba comentarios, ni siquiera en broma, sobre la irremediable barriguita propia de los de su edad, contra la que luchaba diariamente para mantenerla a raya. Sin embargo, no lo amedrentó la calvicie inmisericorde que le taló la cabellera de vikingo desde los veinticinco años, dejándole la cabeza tan tersa como la de un bebé. Estaba convencido de que ése era uno de los aspectos más atractivos de su apariencia.

Lo había alcanzado esa edad acumulando conocimientos útiles para la vida más no para la existencia. Tenía las llaves completas que guardaban hasta el secreto más íntimo del alma de las mujeres, y se había refinado en los modos asiáticos de hacerles el amor, dándoles cucharaditas de sopas exóticas con ademanes de gourmet francés y queriéndoles el cuerpo entero con unturas esotéricas, mientras les susurraba al oído citas doctas o se los llenaba con músicas que no eran de este mundo.

Estos saberes superaban en datos, métodos y eficacia al de las matemáticas y el álgebra computacional, materias en las que se desempeñaba con la maestría típica de las gentes del Rin. A pesar de haber recorrido con éxito el camino largo y tortuoso para ser reconocido como profesor universitario en Alemania, no había logrado mantener un empleo fijo y hacía casi dos años que vivía de lo que le prodigaban sus conferencias de sabio solitario sobre el arte de contar. No era mucho, pero le

bastó para mantener su dignidad y el orgullo efímero y delicioso de sus vanidades mundanas.

No sabía todavía que, antes de que terminara el año, su solicitud de empleo como profesor de matemáticas en el Politécnico de Berlín sería aceptada, y que demoraría otro año en tomar posesión del cargo, resolviendo de tajo todos sus apremios materiales. Tampoco sabía que ese viento de prosperidad acabaría empujando las nubes de tormenta que lo amenazaban con una crisis económica, hacia la amenaza más pavorosa de una crisis vital, al dejarlo abandonado con la carga de todo el tiempo del mundo frente a su alma de sibarita inútil. Cuando me buscó en Italia, unos meses después de recibir la noticia y todavía ebrio con la gloria del éxito, tenía la jaqueca lenta del latido del "*Es muß sein!*" de su corazón germano.

Pero a sus cuarenta años recién cumplidos y antes de enterarse de que la gran batalla de su vida estaba a la vuelta de la esquina, vivía con placidez en el jardín de delicias que podía prodigarse, coleccionando amores de corto vuelo a los que les disecaba cuidadosamente los rasgos más notables del alma, con el escrúpulo clasificador de un botánico.

Aunque alguna vez me manifestó su curiosidad por la atracción erótica entre hombres, estaba claro que lo suyo era una devoción obsesiva por lo femenino, culto al que le había consagrado un altar de ungüentos, melodías, bebidas, accesorios para acentuar las caricias y cuanta chuchería hallaba en los mercados de nueva era de cada ciudad que visitaba, o de las páginas de Internet en las que se perdía. Manipulaba estos objetos inverosímiles, hechos para hacer verosímil la dimensión mística del amor del cuerpo, con parsimonia de sumo sacerdote en un cofre de sándalo con guarniciones de plata.

\* Tomado de "Fragmentos de Bitácora"

Sus innumerables amantes fueron cazadas en todos los lugares posibles y de modos muy diversos, pero embotadas siempre por el irresistible olor que le impregnaba su goce de la vida. Yo mismo contribuí, sin proponérmelo, con algunas amigas que coincidieron con él en mi casa. Por los días de su cumpleaños número cuarenta, se dio a probar presas fáciles que anunciaban su deseo de ser depredadas en avisos clasificados de los diarios alemanes.

Con precisión matemática, fabricó una única arma, perversa y efectiva, para atender los llamados de socorro seleccionados con una misiva de rescate. Invirtió el protocolo de presentarse primero para hacerlo en la última línea, al pie de la firma, y comenzó por subrayar lo sugestivo de las evocaciones despertadas por la súplica leída, señalando algunas imágenes bien valoradas por el común. Luego, invitaba sin decirlo al goce de algunos placeres inofensivos en los que era maestro y cuyo ejercicio compartía con su labor como científico de las matemáticas. Y para mitigar el estigma de la profesión mencionaba por último la disponibilidad de compartir sus gustos por el arte, la música, la literatura y la filosofía.

Los dardos dieron en varios blancos al mismo tiempo. Anya fue la primera en llamar para decirle que se sentía muy atraída por su respuesta pero que Düsseldorf estaba bastante lejos de él, por lo que desafortunadamente no creía posible un encuentro; sin embargo, se sentía obligada por la calidad de la carta a darle ella misma esa respuesta.

De todos modos, Frank la envolvió en su labia de seductor empedernido y, después de una hora de conversación telefónica, acordaron encontrarse frente al mostrador de información de la estación de tren de Düsseldorf, al punto del medio día dos días después.

Cuando el reloj de la estación marcó las doce, Frank llamó por su celular y buscó en todas las

direcciones de la estación atiborrada de gente a una mujer con la actitud de estar contestando la llamada. Se le acercó por la espalda a la rubia espigada y con tipo de modelo que no estaba a más de cinco metros de él, todavía con el celular apoyado en la oreja, y la llamó por su nombre con una calidez bien medida, desde una distancia que le permitió a ella verlo de cuerpo entero y sentir, al tiempo, el aroma de su exquisita loción francesa.

Era una gerente de alto rango en una multinacional de perfumes, diestra en el arte de comer platos de extraña procedencia con modales desenfadados, acompañados de carrizos sugestivos. El almuerzo en un restaurante tailandés de lujo marchaba en buenos términos, hasta que Frank lanzó sobre la mesa el acorde una bella cita. Ella descansó los cubiertos en un orden geométrico impecable y casi tan limpios como se los habían servido. Lo miró en silencio y el sintió que debía continuar con el concierto literario. Anya apoyó la barbilla de muñeca de porcelana sobre su mano y cuando el último verso fue dicho, despachó a mi amigo sin contemplaciones: "Es muy hermoso sin duda, pero tengo que confesarte que no creo dar la talla de tu nivel intelectual".

Hicieron el amor por cumplir en un hotel de paso, convencidos ya de que efectivamente Düsseldorf quedaba a una distancia insalvable de Berlín.

Anette le envió una tarjeta de invitación en papel de artesano, para citarlo a un encuentro informal en una tienda de nueva era perfumada con inciensos, y con algunas mesas en las que se servían bebidas tonificantes que reparaban el aura del quinto cuerpo astral. Frank entró en la tienda y vio a una mujer de pelo rizado y palidez vegetariana, vestida con falda larga y blusa del mismo algodón con estampados veraniegos y sandalias de ecologista, sentada a la única mesa ocupada.

Se tomó algunos minutos estudiándola. El enredo de sus piernas, la manera de disponer la taza de té y el libro que trajo para embolatar la incertidumbre, el ademán para pasar la página y beber de la taza, la concentración inquieta, alternada con rápidos vistazos hacia la puerta de la tienda. En todo ello había algo de teatro trágico que no se compaginaba con la ansiedad natural de una espera: la tensión medio disimulada de los muslos y la espalda, los movimientos rápidos y de corto rango para levantar la mirada o volverla a posar sobre el libro, los sorbos impacientes. Pero sobretodo, el hecho de no haberlo visto, de no advertir que la estaba acechando, le dio la mala espina de que su alma se interponía en el deseo de amor de su cuerpo.

Dio los pasos definitivos hacia la mesa para acabar con la agonía de ella, procurando que lo viera de frente mientras se le acercaba. Sin decir palabra, le enseñó, todavía de pié, la tarjeta de invitación con una sonrisa amistosa. Anette respondió con un mohín que mal ocultó la inquietud que se la estaba devorando por dentro, y como pudo le señaló un asiento. Intercambiaron miradas de curiosidad y advertencia y, finalmente empezaron a ensayar formulas de disuasión convencionales.

Cuando la presión bajó lo suficiente, Frank pidió un té y le ofreció a ella la posibilidad de tomar algo más. Se arriesgó con otra taza y se dejó llevar de cabestro por algunas historias esotéricas que la condujeron a un remanso de confianza. Con mejor disposición aceptó buscar un restaurante más mundano para el almuerzo, con tal de que tuviera alguna receta naturalista en el menú.

Ya sentados en el nuevo sitio, Anette se animó con el vino de aperitivo y la entrada de rodajas de tomates rojos con tajadas de mozzarella bañadas en aceite de oliva y espolvoreadas con

pimienta y albahaca, y puso su corazón abierto sobre la mesa: no tenía ritmo.

Su arritmia cósmica la había llevado a vagar por todos los senderos de su vida sin encontrar un oasis de tranquilidad. Había comenzado dos carreras disímiles y estaba por abortar la tercera, con la sensación dañina de no haber aprendido a ganarse la vida. Su primer amante quiso entrenarla sin éxito en el difícil arte del orgasmo lento, que se practicaba en lugares inconcebibles a donde lo había llevado la búsqueda de su fe. Un amanecer lo vio por última vez en medio de una meditación trascendental, elevándose en posición de loto con la salida del sol. La decepción le hizo cometer el error irredimible de entregarse a amantes de poca monta, más interesados en sus eyaculaciones escandalosas que en tranquilizarle el alma.

En un afán de salvar los restos de su derrota, se encomendó a divinidades de piel azul y cuatro brazos, que entendían más el mundo que su antiguo dios colgado de una cruz. La tranquilidad de esos días fue suficiente para apaciguarle el cuerpo y curarle el espíritu. Hasta hacía tres semanas, cuando la alcanzó la explosión de hormonas de los cuarentidós años sin la defensa de haber aprendido a pensar y a amar.

Frank le tomó la mano que tenía sobre la mesa, no tanto para consolarla como para evitar que su temblor incontenible hiciera estragos entre la vajilla servida. Intentó levantarse mientras decía “La verdad es que todo esto es desafortunado... ni siquiera sé por qué escribí ese aviso y menos aún ¡qué hago aquí contigo!...”.

Con un gesto rápido de galán avezado, mi amigo levantó su copa y brindó por el azar y la fortuna que los había reunido allí, porque nunca se

había cruzado con alguien con tanta experiencia espiritual, y la invitó sin más a gozar de “esta segunda oportunidad que la generosidad de las confabulaciones cósmicas te han predestinado”.

La mujer no salía de su sorpresa, pero se fue apaciguando en el mar sin olas de los ojos de mi amigo. Volvió a la silla con lentitud, levantó su copa y la hizo tintinear contra la de él con un timbre prometedor.

El amor de aquella tarde en casa de Anette fue sosegado y feliz, bajo la tutela de un Shiva de bronce bailando la danza de la evolución del cosmos.

Irina no era rusa sino griega, de Salónica, pero vivía en Atenas, donde ejercía su profesión de médica. Nunca había estado más arriba de Macedonia ni más abajo de Chipre y, tal vez por eso, llenó su curiosidad por las gentes de los países brumosos del norte con las fantasías infantiles de los cuentos en los que gigantes rubicundos bajaban en hordas a raptar a las mujeres del mediterráneo para engendrar hijos capaces con la vida. De habérselo dicho, nunca lo habría aceptado por su orgullo de ser una profesional de las ciencias positivas del siglo XX.

Pero no podía evitar las punzadas ventrales que le producían los blancos de piel rostizada y pelo incendiado, que inundaban las playas de su pueblo en los periodos de vacaciones, vaciando los odres de vino resinoso y caminando abrazados por las muchachas de piel canela, que les enseñaban como pedir aceitunas con *satziki* en griego a cambio de una invitación a sus países de origen. Su ansiedad crecía por las noches, cuando escuchaba las serenatas de los *pusukis* playeros, revueltas con el jaleo lento del mediterráneo, y sentía el olor de los amantes al acecho a través de los postigos entreabiertos de su casa.

Por eso, cuando se enteró por un hermano que vivía en Munich de que los diarios de ese país publicaban avisos de personas que buscaban sin sosiego su otra mitad, decidió probar suerte, dejando como sebo una rápida alusión al azul del Egeo, que no pasó desapercibida a la vista de gavilán de mi amigo. Unos días más tarde, ella le haría saber que estaría por primera vez de visita en Munich, y que esperaba conocerlo allí.

La *Oktoberfest* bávara se hallaba en su clímax cuando Frank tuvo de frente a Irina. Se abrieron paso entre corrillos de rubios enormes, vestidos con pantalones cortos de cuero crudo, que cantaban en coro canciones de pueblo, exacerbados por galones de cerveza que les ponían los ojos bizcos. El olor cercano de esos machos cerriles le despertó a Irina dolores de vientre, y le pidió a Frank que la llevara a un sitio tranquilo.

Fueron a una taberna andaluza con un decorado mudéjar abigarrado y acordes lejanos de guitarra flamenca, que sosegaban el espíritu sin adormecer la pasión. Ella pidió un vino espeso, color de sangre, y unas tapas con delicadezas mediterráneas para atraerle el ánimo a él. Pero tuvo la oportuna sensibilidad de percatarse de que bastaba con una charla inteligente para tenerlo vencido en su regazo. Y se lo llevó de paseo por el tiempo y por el espacio, a los lugares que ella había cultivado en su vida de académica solitaria.

El deleite era pleno y prometedor. Se verían en Atenas en las vacaciones de verano. Los muchos aeropuertos cruzados de paso por mi amigo en sus incontables correrías, siempre le parecieron construcciones hechas para ser abandonadas, tanto de llegada como de partida. Pero acaso por sus fantasías puristas con el lenguaje, las frías señales de circulación, escritas en el ancestral alfabeto del egeo, lo

fascinaron al primer golpe de vista. Tuvo la sensación de cruzar la puerta del tiempo cuando atravesó un dintel marcado con la palabra *Exodus*.

Irina estaba al otro lado con ánimo seductor. Su cuerpo de mediana estatura tenía unas formas voluptuosas que invitaban a la caricia. Cruzaron la ciudad con las ruinas relucientes del Partenón al fondo, bajo un cielo de vidrio sin nubes, y llegaron a un apartamento, en el piso ocho de un edificio de quince. Era una estancia de pocos lujos, pero con el refinamiento de quien se ha dedicado a amar su mente tanto como su cuerpo. La vidriera de pared a pared del balcón con vista al puerto daba la impresión, en el sopor de las mañanas, de que la casa entera se hallaba flotando a la deriva.

La cena, preparada por ella misma con el aderezo infalible de una bella música de fondo, dio paso al licor encantador de la conversación. Satisfecho el cuerpo y ebria el alma, se abandonaron el uno en el otro en un romance sin prisa, sobre la cama de obispo que llenaba el cuarto principal.

Pero toda luna llena carga a su espalda el oscuro rostro de la luna nueva. Al día siguiente, tomaron un trasbordador rápido con el nombre, que era más un augurio, de *el delfín volador*, para alcanzar una isla del Egeo con playas de arenas blancas y ardientes y palmeras para esconderse de la vista inclemente del sol.

Cuando subieron a la nave, Frank se desilusionó con la prohibición, escrita en seis idiomas, de viajar sobre cubierta debido al riesgo enorme de caer al agua; sus intenciones románticas se evaporaron definitivamente cuando *el delfín volador*, a una velocidad de avión que lo hacía vibrar sobre la cresta de las olas, vació el contenido de los estómagos de los viajeros en bolsas de plástico forradas en papel metálico.

Cuando acabó el tormento, la sangre se le había ido de la piel y revelaba en los ojos la borrasca biliosa de sus entrañas. Necesitó varias horas de reposo para ponerlas de nuevo en su sitio.

Ya en la noche se percató de que su compañera había decidido tomar las riendas de la intimidad sin contar con él. Con la alarma encendida por la sospecha de raptó que, por principio, no le permitía a ninguna amante, le hizo reclamos de diplomático que fueron contestados con el golpe artero de "aquí yo hago lo que quiero". Entonces, dejó escapar el espíritu indómito de sus ancestros para espetarle "pero no sobre mí".

Amanecieron en cuartos separados y sufrieron con estoicismo el martirio del trasbordador de regreso sin el consuelo de un abrazo. Hubo cortesías en la despedida, incluso disculpas, pero hay daños en el amor que son incurables. Frank regresó a Alemania a través de la puerta que le señalaba su éxodo y no volvió a saber de la griega que equivocó el orden de sus deseos y quiso raptar a un gigante rubio de un brumoso país del norte.

Al llegar a casa, encontró en su buzón un sobre sellado en la solapa con un monograma de la letra *B*, de la que salía un unicornio en miniatura enredado entre sus barras. Bárbara contestaba la misiva de Frank, presentándose como una mujer de padre suevo y madre del véneto, crecida y hecha en medio de la austeridad calvinista de las gentes de Stuttgart, pero con la nostalgia invencible del mediterráneo en los genes maternos.

Días después escucharía de su propia boca la historia de cómo su padre, ingeniero de máquinas, había ido a trabajar como constructor de buques al viejo astillero de Trieste, con la idea secreta de embarcarse en un viaje sin retorno hasta el fin de la mar océano. Justo cuando tenía liados sus bártulos para partir finalizando un invierno veintiocho años antes,

tuvo la idea funesta de celebrar por última vez su vida en tierra, en la juerga fantástica del carnaval de Muggia, una aldea a no más de diez kilómetros de distancia que recorrió en bicicleta, encarnando al monarca decapitador de mujeres, Enrique VIII.

Se sumergió en la muchedumbre, eufórica por las dos noches que llevaban sin dormir azuzando ilusiones sin tiempo ni espacio a punta de vino joven, acompañado de aceitunas negras del Egeo, quesos rancios y jamones de monte, con la licencia de desafuero de la *carni vale* a la que los cristianos de bien tenían derecho desde la edad media, durante la semana anterior al inicio de los cuarenta días de arrepentimiento previos a la Semana Santa.

Se unió a un grupo, más notorio por sus escandalosas parodias que por el número de sus integrantes, y terminó bebiendo de su botella y asaltando a los turistas que los miraban con envidia, con besos en ambas mejillas y uno que otro en los labios. Tal fue su ánimo de goce que, sin proponérselo, cautivó a una de las muchachas del grupo, vestida con un dominó impenetrable y una máscara de yeso blanco con cara de imagen de altar y pupilas pardas que no le perdían movida.

No había pasado una semana, cuando se sorprendió desbaratando el nudo de sus planes de toda la vida, con el deseo apremiante de acomodarse de nuevo en tierra para disfrutar sin límite de aquella mirada de miel. Y se la llevó a la ciudad fría y sin mar, donde había nacido y crecido, para engendrar hijos de ojos amarillos.

Bárbara sufrió poco los rigores del invierno germano, pues desde su infancia siempre se iba al principio del año a disfrutar de la calidez de los tíos y primos triestinos, y del frío benigno del Adriático. Pocas veces dejó de recorrer las dos horas en tren a Venecia, para vivir el magno

carnaval, cuyos fastos la deslumbraban desde niña, cuando encarnaba a Anastasia Romanoff, Cleopatra o campanita. Pero la explosión de los humores de la adultez le desarrolló, a sus dieciocho años, una fascinación particular por los disfraces sin nombre, que solo representaban personajes abigarrados del mundo de los sueños y las pesadillas, debido al extraño impulso de querer cumplir con la consigna de *la carni vale* con seres del azar y del inconsciente.

Llevando un dominó negro y una máscara de yeso blanco, apostó con sus mejores amigas al máximo juego de azar: retar caballeros, a través de los avisos clasificados de los periódicos alemanes, a encontrarlas en los dos primeros días del próximo Carnaval veneciano, siguiendo las pistas que ellas les comunicarían a los seleccionados entre quienes manifestaran su disposición a afrontar la aventura; y Frank era uno de ellos.

Pude ser testigo de excepción de buena parte de semejante evento, porque Frank se me apareció en Trieste el día anterior a la víspera en que se iniciaba la prueba, con un bulto donde había acomodado dos disfraces, de Pantalone y Arlequín, envueltos en sus capas y agitando dos tiquetes de tren mañanero para Venecia y el cupón de reserva de habitación en un hostel para turistas pobres en el casco antiguo de la ciudad. Yo estaba ese año de visita en uno de los tantos talleres organizados por el Centro Internacional de Investigaciones, del que era científico asociado.

Esa noche digerimos la abundante cena de *ñoquis* al salmón ayudados por una botella de *grappa* del Carso, de sabor árido y aroma penetrante, mientras Frank me enteraba por primera vez de los pormenores, contagiándome la agitación de sus expectativas. Al día siguiente logré sacar el permiso para ausentarme algunos días del Centro, y tener lista mi valija de

estudiante para el viaje que emprenderíamos en el primer tren de la mañana.

Venecia nos acogió con fiestas de carnaval desde el primer momento. En los siguientes siete días el sol brillaría en un cielo sin nubes desde la aurora hasta ahogarse, al final de la tarde, en su propia sangre diluida en el Adriático. La agitación en el laberinto de callejuelas venecianas, ensombrecidas por las fachadas del siglo XVI, con sus diez metros de alto y no más de tres metros de separación, no daba tregua. La música de Vivaldi, que escapaba como un espectro de teatros y almacenes de discos, completaba el cuadro que nos ponía en un tiempo ocurrido hacía más de trescientos cincuenta años.

Siempre la he disfrutado con la conciencia plena de que nadie logró ni logrará nunca mayor maestría en el manejo de las cuerdas que ese cura pelirrojo, salpicado de pecas y tocado con peluca empolvada, que convirtió en ángeles a un grupo de huérfanas socialmente desahuciadas. Bach mismo interrumpió varias veces su mística conversación musical con Dios, para embelesarse con la ofrenda más profana ofrecida por el veneciano.

Apenas nos cambiamos en el hostel cercano a la estación de tren *Venecia Santa Lucía*, nos sumergimos de cabeza en el tumulto, yo sonriente bajo la máscara de águila de Pantalone y mi amigo agonizando de palpitations en el mameluco de rombos de Arlequín. Nos animamos tomando *grappas* en los bares camineros, mientras le ayudaba a encontrar su primera pista, distrayéndole la tensión para que pudiera concentrarse mejor.

El mensaje, que Frank había recibido junto con su invitación, nos llevó a una fonda medieval, donde habríamos de almorzar unas lonjas de carne de caballo acompañadas con una entrada de tajadas de tomates rojos con trozos de

mozzarella de leche de Búfala, bañadas en aceite de oliva y espolvoreadas con pimienta negra y albahaca, y un litro de vino tinto toscano, de marca sugerida por las damas incógnita. Ese menú fue la señal para que el tabernero cómplice deslizara una esquila con la descripción del siguiente paso debajo de la cuenta.

No vimos otros clientes que tomaran el mismo menú, lo cual no significaba que no hubiera rivales, sino tal vez que las damas habían tenido la astucia de proponer instrucciones diferentes a los escogidos, para impedirles que se reconocieran y perdieran el rumbo, encallados en una competencia intestinal.

Cuando volvimos a la calle, aproveché los momentos de reflexión de Frank sobre la esquila que sostenía delante de los ojos, para comprar chucherías por encargo para mis familiares y amigos. Frank decidió que el acertijo de la esquila se refería a algún detalle del calzado de alguien que estaría en el museo de instrumentos musicales antiguos, ubicado en la calle trasera de la Torre del Reloj, entre las tres y media y las cuatro de la tarde. Las instrucciones cifradas no especificaban el detalle, pero prometían que lo identificaría apenas lo viera. Había que apresurarse porque solo nos quedaban quince minutos para encontrar el museo.

Dando trancos, cruzamos el dintel del museo cuando las campanas de la torre anunciaban el fin del plazo. Acostumbrado a la puntualidad alemana, Frank frenó en seco y se encogió de hombros asumiendo la derrota de la prueba. No podríamos revisar a tiempo los calzados de las más de cincuenta personas que circulaban por las vitrinas de los instrumentos. Entonces, nos sentamos en el quicio de la puerta para tomar aire y decidir como consolar la desilusión, cuando un caballero, vestido de *Barón de Münchhausen*, perdió el bastón al querer apoyarse en el escalón inferior de la salida.

Yo me apresuré a recogerlo, y cuando regresé al lado de Frank, luego de entregárselo, le comenté de manera distraída lo impresionado que estaba del lujo y tradición invertidos en los disfraces y del ánimo participativo hasta de los más viejos. "Por ejemplo, las hebillas del calzado del señor al que acabo de auxiliar eran de plata, y parecían bastante antiguas a juzgar por el monograma de una *B* con un unicornio en miniatura enredado entre las barras, que tenían acuñado en el centro...". No alcancé a terminar. Se paró de un salto y se dirigió a la esquina que el caballero acababa de doblar. Poco después me enteraría de que ese símbolo era precisamente la imagen impresa en la invitación de Bárbara, que yo no me había ocupado en observar por el apuro de los preparativos.

Lo vimos cruzar uno de los innumerables puentecitos y desaparecer por una calle interior. No demoraríamos un minuto en descubrir jadeantes que la calle terminaba en una escalinata que se hundía en el agua, a unos treinta metros de distancia de la esquina donde estábamos, y alcanzamos a ver desaparecer la popa de una lancha que nos pareció que acaba de zarpar de allí. A pesar de nuestra carrera hasta las gradas, no logramos ver a sus ocupantes.

Frustrado por segunda vez en tan corto tiempo, Frank maldijo su torpeza con una expresión sin vocales y un par de puntapiés en los muros de las casas. "Bueno, de todas maneras no era tan sencillo lograrlo..." dije, y cuando me miró, se iluminó con una sonrisa.

A mi espalda estaba la puerta abierta de una galería de arte, donde se exhibían piezas hermosas y extravagantes de la tradicional vidriería de Murano, una isla situada a tiro de piedra de Venecia, y que desde el medioevo tenía la reputación incontrovertida de producir el cristal más exquisito del mundo. Durante varios siglos sus artesanos tuvieron la

prohibición expresa de abandonar la isla sin el permiso escrito del regente, so pena de ser ejecutados en el acto, como una estrategia para asegurar el secreto de las técnicas.

El hall de la galería era bastante grande para una casa veneciana, y en él se exhibía una réplica de tamaño natural en vidrio de alabastro, del gigantesco caballo que Leonardo da Vinci había diseñado para Ludovico Sforza, y cuyo destino de ser la montura de la estatua ecuestre más gloriosa del orbe y presidir los destinos de la ciudad estado de Milán desde su plaza principal fue frustrado por la guerra. Del caballo sólo quedaron algunos bocetos y muchas especulaciones.

La réplica de la galería emitía un resplandor fantasmal debido a la luz difusa que llenaba el volumen del cristal, sin saberse a ciencia cierta como lo iluminaban, pues las conexiones no eran evidentes. Lo más extravagante era, sin embargo, el gallardete de ganador de feria equina que alguien le pegó a la altura de la sien, con el monograma que mi amigo identificó a la distancia.

Cuando cruzamos la puerta el vigilante se dirigía a ella desde adentro y nos agitó el llavero que portaba en la mano. "El tiempo se ha acabado, estamos cerrando" dijo en un inglés de escuela primaria. Conocedor de los protocolos hospitalarios del país, le mentí en un italiano igualmente chapucero, diciéndole que había ahorrado toda mi vida para estar en Venecia en ese carnaval y que no podría regresar de nuevo desde Suramérica, y le supliqué que me permitiera gastarme sólo un minuto mirando las vitrinas de la galería. Me lo llevé del brazo en el recorrido y cuando le dio la espalda a Frank, advertí por encima de su hombro la mano de mi amigo despojando al caballo del gallardete. Entonces, me lo traje hasta la puerta y me despedí de él mientras le echaba cerrojo.

Hasta el día de hoy no tengo idea de si el guardia lo notó, pues desaparecimos por la primera esquina del laberinto veneciano y sólo paramos muchas calles después, en una taberna disimulada entre una venta de verduras y una librería, para percatarnos de que las instrucciones escritas en alemán en el reverso del gallardete debían ejecutarse al día siguiente.

Esa noche asistimos a un concierto barroco en el buen estilo de los tiempos de Giacomo Casanova, apeñuscados de pié en la galería sin butacas del teatro. Luego, nos sentamos en la placita lateral de la catedral de San Marcos, al otro lado del Palacio Ducal, a devorar *panini* con una garrafa de vino barato al lado de un grupo de japonesas jóvenes que encarnaban damas de la corte napoleónica, y a disfrutar del espectáculo presentado en la enorme tarima del fondo de la plaza mayor. Discutiendo el balance del día, regresamos al hostel persiguiendo las sombras largas de Pantalone y Arlequín que la luna proyectaba sobre el suelo.

Repasamos el procedimiento a seguir en la mesa del desayuno. Había que presentarse en un almuerzo de disfraces que se daría en un restaurante no lejos del puente *Rialto*, con una tarjeta a modo de escarapela con el monograma de la inicial del nombre en diseño medieval, impreso con lacre rojo. El sello de plomo y el lacre podían comprarse en una tienda de artesanos no lejos del restaurante.

A media mañana llegamos a la tienda instalada en la parte delantera de un taller donde se fabricaban a mano papeles para escribir y para pintar que se entregaban en hojas sueltas o en cuadernos, cuños de plomo y de caucho con monogramas en diversos diseños, lápices y pinceles, lacres y tintas. Frank pidió el catálogo de diseños medievales para cuños de plomo y adquirió la letra *F*, sobre la que se posaba un grifo con dos cabezas, y una barra de lacre rojo.

Luego seleccionó una esquila apropiada y le pidió al artesano que le enseñara a imprimir el sello. La inicial, con su bestia de fantasía, se veía espléndida desde la distancia. Yo me hice empacar como souvenir un sello de caucho con la inicial de mi nombre y su almohadillita de tinta violeta.

En la calle de nuevo, le sujeté a Frank la esquila impresa del vestido con un alfiler y celebramos con una *grappa* mañanera el advenimiento del almuerzo. Sabíamos, por supuesto, que sólo podría acompañarlo hasta ese momento, y lamenté de antemano tener que enterarme de oídas de lo que sucedería un par de horas después. Me despedí de él en la esquina del restaurante y acordamos algunos puntos de encuentro a diferentes horas de la tarde, de suerte que no tuviera la presión de una cita y yo pudiera moverme a mis anchas entre los ríos de gentes del Carnaval.

Se instaló en una mesa para dos, no muy lejos de la tarima donde un cuarteto de cámara interpretaba canciones tradicionales venecianas dedicadas al carnaval. Una dama que no alcanzaba los 30 años de edad, solitaria y vestida de Maria Antonieta, se acomodó en la mesa vecina. Su sensualidad era exquisita. El profundo escote enmarcaba unos senos voluptuosos, con un lunar pintado en la penumbra de su separación. Su cintura, de por sí menuda, estaba aún más acentuada por el ceñido corsé y los amplios faldones, que apenas dejaban ver la punta de su zapato de satín. La piel de alabastro tenía el sonrojo ligero de los polvos de maquillaje, lunares saltones pintados en las mejillas y labios carnosos pintados de rojo. Completaba su atuendo blanco de emperatriz una peluca empolvada y un tricorno también blanco. Parecía una escultura de mármol moviéndose con ademanes y gracia de otra época, mientras sostenía en la mano el manguito de una máscara dorada de papel maché. Definitivamente, ¡que belleza!

Frank estaba tan deslumbrado que demoró mucho tiempo en percatarse de que la dama le miraba a menudo la esquila con el monograma lacrado. Y cuando quiso mudarse a su mesa, casi tropezó con un hombre alto, vestido de marqués, que caminaba con pasitos cortos de conejo asustado y no lograba disimular su torpeza de gigante de circo ni su incomodidad con el traje de aristócrata y con los modales que el momento le exigía. Se sentó frente a la dama y perdió el bastón varias veces, tratando de apoyarlo contra la mesa para tener las manos libres.

Con el mesero, mi amigo les envió el obsequio de una jarra de vino tinto toscano y brindó con ellos a distancia. Por primera vez se percató de que efectivamente tenía rivales en ese evento. Otra dama, vestida como Catalina de Rusia, se acercó a ellos llevada del brazo por un caballero de piel cetrina y ropajes de Ramsés. Las damas presentaron a los caballeros y luego de cruzar algunas palabras, se despidieron con besos en las mejillas. Al pasar al lado de Arlequín, Catalina hizo una pausa para mirar la esquila lacrada en el pecho de rombos y sonrió. Se sentó en una mesa al fondo.

A pesar de la opción de regresar conmigo, Frank tuvo el buen tino de soportar un almuerzo solitario en medio de las dos parejas. Y se esforzó en decir con sus refinados modales de gourmet y su sapiencia gastronómica lo que no pudo con palabras, consciente de que las damas se habían sentado de manera que podían mirarlo sin perder el hilo de sus conversaciones.

Y obtuvo su premio ganado en franca lid. Después del plato principal fue obsequiado con champaña de parte de las mujeres. Tomó la esquila con el monograma familiar que venía al lado de la copa, y leyó un verso de San Juan de la Cruz, "la paciencia todo lo alcanza". Una invitación a un salón de baile esa noche después de las nueve estaba escrita al reverso.

No bien fueron retirados los platos, los caballeros se despidieron y las damas permanecieron solas en sus mesas. Frank habría de contarme después, que sólo en el baile ellas declararían a sus ganadores, y así se lo dieron a conocer a sus acompañantes. Frank levantó su copa con el último sorbo de champaña y, mirándolas a ambas, se la bebió con su venia.

Nos encontramos media hora más tarde. Andaba entre divertido y tenso y no paró de hablar con labia de adolescente a punto de conseguir novia. Yo me ocupé de señalar todo aquello que pudiera aumentar las opciones de mi amigo frente a dos mujeres, de las que sólo se tenían noticias sobre su refinamiento y sensualidad, y que serían asediadas por oponentes indeterminados en número y calidad.

Caminábamos sin rumbo fijo, cuando Frank se apresuró a entrar en una tienda que apareció a la vera por pura casualidad. Yo me quedé observando desde afuera los bloques apilados de lo que me pareció queso. Entonces Frank sacó la cabeza por la puerta y me invitó. Mi primera sorpresa fue el concierto de olores exóticos que percibí justo al entrar. "¡Qué te parece!" me dijo, "Son quesos... pero el olor..." "Precisamente no lo son. Se trata de jabones, champús, bálsamos, todo lo que quieras para el baño pero en formato sólido".

Era la sucursal de una tienda originalmente inglesa, experta en la fabricación de sustancias naturistas para baño, que Frank frecuentaba en Berlín. Los olores eran espléndidos e inesperados. Había jabones de aceitunas, de limón, de canela, bálsamos efervescentes que masajearan el cuerpo sumergido en la bañera, sales que penetraban por la piel y perfumaban el alma.

Una mujer con apariencia de ángel nos guió entre torres multicolores, describiendo en un inglés oxfordiano las maravillas que los trozos

de esas sustancias realizaban. Nos seguía otra dependiente con una pequeña palangana, en la que depositaba muestras que hervían al contacto con el agua y podíamos verificar con los dedos de las manos el poder tonificante de sus masajes y la permanencia del aroma en la piel.

Frank se decidió por un buen trozo de jabón de limón y una pastilla de bálsamo, que el ángel de grandes ojos azules sin mareas puso en una bella bolsa de papel, adicionando por encargo de la casa algunas muestras de esencias aromáticas para entrar en estado de gracia. Me miró cuando nos despedimos y yo sentí que me ahogaba en el lago quieto de sus pupilas. Frank me salvó agarrándome del brazo, y ya en la puerta descubrió el mejor aceite de acariciar hecho en el planeta. “No puede ser, habían discontinuado este producto *ayurveda*...”.

Le guiñó el ojo al ángel y me puso una gota en el dorso de la mano. Yo me la esparcí sintiendo una frescura insospechada y luego una tibieza adormilante. El aroma se me quedó en ambas manos hasta el día siguiente. Frank completó la compra con el aceite y volvimos a la calle.

Por segundo día consecutivo el sol pintaba de rojo el cielo y el mar de Venecia, cuando Frank me decía adiós desde el andén de la Estación de tren *Venecia Santa Lucía*. No teniendo nada más que hacer en Venecia, decidí regresar al Centro de Investigaciones para continuar con mis trabajos mientras lo esperaba.

Casi cinco días después escucharía de sus propios labios el final de la historia, mientras disfrutábamos de los mejores helados del mundo acompañados con café expreso italiano en un local de Trieste.

Tuvo la astucia providencial de investirse de su personaje de Arlequín para cautivar a las damas con su desbordante goce por la vida. Así que

decidió que no bailarían con ellas sino para ellas. Y eso hizo, regalándoles en los intermedios versos insólitos recitados al oído y rematados con venias y ademanes de grácil sensualidad. A pesar del forcejeo de los competidores, estos fueron aceptando su derrota y terminaron por unirse al disfrute.

En el clímax de la fiesta, Catalina se acercó a Arlequín, lo tomó del brazo y lo puso frente a Maria Antonieta. Ella asintió reconociendo el triunfo. Entonces, ambas lo llevaron de los brazos hacia el centro del salón de baile, donde apareció una figura que nunca había visto antes, enfundada en un albornoz negro y cubierta con una máscara de yeso blanca con la rigidez de las figuras de los altares, que lo miraba desde la profundidad de sus pupilas amarillas. Cuando le besó la mano enguantada, Frank vio en su dedo un anillo con el monograma de la *B* y el unicornio enredado entre las barras.

Cuatro días más estuvo en Venecia disfrutando del premio de haberla cautivado, cuidándole el cuerpo y el alma con los cosméticos que el azar le pusiera en las manos y emborrachándola con los licores del amor ganado en buena lid.

¿Por qué una mujer sofisticada y exitosa en el ejercicio de su profesión termina recurriendo a los avisos clasificados para buscar acompañante? Podría ser un gusto extravagante, o el intento desesperado por escabullirse de un mundo donde los protocolos sociales han acorazado las emociones individuales; podría ser la búsqueda de relaciones basadas en sentimientos auténticos, ajenos a los espejismos del mundo de los escaladores, o simplemente el último recurso al final de una cadena de catástrofes. Con seguridad, cada una de esas conjeturas alude a mujeres de carne y hueso con nombre propio. Solo es cuestión de tiempo y paciencia encontrarlas a todas.

Mientras Frank se internaba en esta reflexión meciéndose en su hamaca caribeña, con una copa de buen vino español a la mano, sonó el teléfono. Llamada de Colonia en respuesta a su misiva. “Claudia” fue el único dato de identificación que recibió. Amable y curiosa, con apuntes picantes, parecía una de esas truchas juguetonas que mordisquean la carnada dejando limpio el anzuelo.

Frank se relajó, jugó a describirle en versos los apartes de su vida por los que ella preguntaba. Puso música con el cuidado de que la melodía pudiera escaparse por el micrófono del teléfono. Charla de dos horas. Final con solo una promesa volátil del otro lado de la línea “te llamaré después”.

Fue casi una semana mas tarde. Se valió de la treta de pedirle consejo sobre la decoración un salón de estar para averiguarle el modo como se acostaba, si hacía carrizo al sentarse, si tenía un escritorio clásico o uno moderno, si pelaba las naranjas con un cuchillo en el sillar de la biblioteca o prefería el jugo extraído con exprimidor eléctrico en la cocina, si por casualidad tenía una alfombra persa, si estaba de acuerdo en que era bueno tener persianas de aluminio de hoja delgada para controlar la luz sin obstaculizar la vista, en fin. Las tres horas de pesquisa telefónica, rematadas con la misma fórmula lacónica de la primera llamada, fueron cargadas a su cuenta en Colonia.

A pesar de la intensidad de las conversaciones, el encanto no alcanzaba a sobrevivir más de unos días. Por eso, cuando Frank contestó su llamada quince días después, tuvo que hacer un esfuerzo para identificarla “¿Claudia?...¿De dónde?... ¡Ah! Sí, disculpa mi distracción, es que estaba concentrado en darle el punto exacto a un plato que me estoy preparando...”. “¿Cocinas tú mismo?” “¡Claro!”. Ella le hizo revelar la receta que estaba haciendo y opinó que necesitaba albahaca para lograr ese sabor

que buscaba, que no lo intentara con pimienta molida sino con un diente de ajo macerado, que estaba de acuerdo en que las cebollas salteadas quedaban deliciosas en aceite de oliva y más si se añadía una pizca de aceitunas picadas, que no había algo mejor que los pimentones rojos rellenos después de una noche de amor y que no era cierto que el pescado tuviera que acompañarse siempre con vino blanco, porque el tinto le ponía el toque animal que le faltaba a esos filetes de carne de ángel.

A través de ambos teléfonos se escuchaba el sonido de platos y cubiertos, se pedían pausas para degustar un bocado o beber un sorbo de vino, se preguntaban por el placer papilar de cada cucharada como si fueran gourmets sentados a la misma mesa y brindaron juntos por la cena tan exquisita que se habían invitado. Luego del café, dejaron de oírse por casi un mes.

Sonó el teléfono de la mesita junto a la bañera. Frank había tendido él mismo una extensión para no tener que abandonar un baño relajante en pos de una llamada inoportuna. Contestó desde la bruma de la somnolencia que produce el agua espumosa a sesenta grados de temperatura. Claudia estaba atrapada en un gigantesco trancón en el anillo vial de Colonia. Las autoridades habían avisado por radio que tomaría algunas horas retirar el camión cargado con piezas industriales, que se había volcado de costado cuando reventó dos de los ejes de sus ruedas. Por fortuna no había heridos, pero el cuerpo de ballena yacía varado en la playa de los tres carriles de ida de la super-autopista.

Ella acababa de conseguir un libro de poemas exóticos, extractados de obras clásicas orientales y decidió, si él lo consentía, gastarse el tiempo que demorara la serpiente de automóviles en volver a arrastrarse leyéndole trozos del Kamasutra. Aderezó la lectura con cortos

comentarios sobre las identidades de Ghanesa, Rama, Visnú y Shiva. Frank subió el volumen de las melodías de sitar y tabla que escuchaba para dormirse en el sopor de la bañera y ella las escuchó mientras recitaba pasajes eróticos de la India a seiscientos kilómetros de distancia.

Él llevaba días esperándola cuando el timbre del teléfono lo puso de nuevo en Colonia. “Creo que debemos vernos” “¡Cuánto antes!” “Voy a Budapest esta semana por motivos de trabajo y me gustaría que te reunieras conmigo allá durante el fin de semana”. “¿Budapest? Me encantaría de verdad, pero ahora no tengo manera de salir de Alemania” “Entonces regresaré a Colonia el viernes en la tarde y espero encontrarte allí”. Le dio la dirección de un hotel de cinco estrellas y colgó.

La sala de espera del hotel era deslumbrante, con una fuente central y varios corrillos de poltronas de espaldas altas, que permitían conversaciones de cierta privacidad. Estaba rematada por una vidriera que dejaba entrar imágenes de un jardín interior de postal, con canchas de tenis al fondo. Los meseros circulaban periódicamente por entre las salitas, atendiendo los antojos de los visitantes. Aunque no era su costumbre, Frank se decidió por un whisky en las rocas que le ayudara a hacerle frente al encuentro, y se sentó en una silla que le permitía vigilar los cinco cuerpos de la entrada principal y distraerse de vez en cuando mirando hacia el jardín.

Llegó en el asiento trasero de un audi último modelo, tipo limusina. La recibieron con pompas de cliente de la casa y un botones le indicó el sitio donde Frank la esperaba. Su cuerpo esbelto y bien formado se dejaba ver a través del modelo exclusivo de seda cruda, que le caía en ondas con cada paso que daba. Frank se levantó y antes de que pudiera saludarla ella se le colgó del cuello y le besó ambas mejillas. “¡Hola!” le dijo como si lo conociera de toda la vida.

Se lo llevó de gancho a la suite de alquiler por todo el fin de semana, contándole que era magnate de un canal de televisión, un medio fértil para hacer dinero pero completamente árido para cultivar sentimientos. Tuvieron amores fogosos y también horas de calma. Con los ojos entornados por la satisfacción, ella le dijo al oído, con la puerta de la limusina abierta la tarde de la despedida “¿Te gustaría vivir en Colonia o preferirías que yo me fuera para Berlín?” Él le sonrió sin tomar en serio sus palabras “Ya hablaremos de eso” y se bajó para dirigirse al aeropuerto.

Envío por él a Berlín para llevarlo a su casa unas semanas más tarde. Era una estancia amplia, con jardín propio en las afueras de Colonia. Justo al entrar, Frank se encontró de frente con un par de ojos amarillos de pupilas verticales que habrían de ser su perdición. Un gato de pelambre espesa y reluciente, de movimientos torpes ajenos a su especie, ronroneaba en una camita de muñequero especialmente diseñada para él. Más su obesidad que su limpieza meticulosa encarnaba la profunda soledad de su dueña.

El día se agotó tranquilo, con los amores apacibles de las parejas conocidas. Frank se levantó primero y se dirigió a la cocina para los deberes del desayuno. Claudia llegó estirándose todavía, envuelta en un kimono de seda, con el pelo en cascadas sobre los hombros y Frank se sorprendió de su belleza acabada de despertar.

El gato saltó entonces encima del fogón y comenzó a husmear entre las cosas que Frank preparaba. Sin disimular el fastidio, Frank lo espantó y cuando el gato brincó al piso, lo empujó con el pie para alejarlo de la cocina. Entonces, se hundió en el oleaje bravo de las pupilas verdes de Claudia. “¡Qué te pasa con mi gato! ¡Él vive aquí y tú eres un aparecido!

¡Déjalo hacer lo que le plazca!”. No hubo más palabras. Tampoco abrazos de despedida. Frank empacó sus cosas y fue dejado por un taxi en la puerta misma del aeropuerto de Colonia.

No recuerdo si fue antes o después de este encuentro que recibió una invitación a la aldea donde se crió su mejor amigo. Con ánimo malicioso, lo llamó para indagar por la remitente, que lo citaba a la fiesta patronal de la próxima semana.

Su parentesco con Karl estaba muy diluido por generaciones de primos mutuos, pero crecieron juntos y cuando él se marchó del pueblo, la dejó con su fiebre de adolescente cerril enredada en una telaraña familiar que le cerró la salida de la aldea. En sus visitas intermitentes, Karl la veía volverse adulta entre ajeteos de granja, la administración de la hacienda familiar y el desenfreno de sus frustraciones los domingos por la tarde, cuando iniciaba los bailes taconeado sin pudor sobre las mesas del bar de uno de sus incontables primos al ritmo de la música de la rocola.

Desdeñaba las invitaciones de los hombres y bailaba hasta caer rendida con su amiga de siempre y compañera de sueños imposibles. Pero los iba escogiendo uno por uno para demostrarles en la intimidad y por separado, que su baile era cosa de mujer y no cosa de hembra.

No se había casado a pesar de su atractivo indiscutible de mujer de provincia, tal vez esperando en su inconsciente por el caballero de los cuentos que le leía su padre antes de dormir, montado en un corcel brioso y con una espada centelleante con la que echaba abajo las zarzas que le impedían entrar en la fortaleza donde estaba encerrada la princesa de sus sueños.

Y cuando su mejor amiga la abandonó en los meandros de sus fantasías, dejándose salvar

por un hombre de carne y hueso, capaz de cultivar su pedazo de tierra en las afueras del pueblo y de engendrar hijos que hicieran lo mismo durante los próximos siglos, se aferró a la tabla salvadora de los avisos de periódico.

Frank la conoció saltando entre las mesas del bar de la esquina de la plaza abrazada a la amiga, el domingo en que llegó al pueblo en el tren de dos vagones de las tres de la tarde. Sólo el cantinero lo notó cuando se sentó en una mesa cercana a la puerta y le hizo una seña para que le despachara un vaso de cerveza.

Una mujer, con la belleza recia saludable de la gente de la campiña, agarró cuatro jarras de litro en cada mano y las llevó en voladizo por encima de la cabeza de los clientes, depositándolas una a una en las mesas donde las habían pedido.

Entonces, la bailarina lo vio y él levantó el vaso para saludarla. Terminó de bailar la pieza y se dirigió hacia él con el corazón agitado. “Frank Janke” dijo él con una leve inclinación de cabeza. “Monika” le respondió, tendiéndole la mano. Pidió una cerveza y se sentó a hablarle del pueblo, de las fiestas patronales que se hacían de la misma manera en los últimos 450 años, de las diez familias de primos cruzados que lo poblaban, en fin.

Cuando iban sobre el tercer litro le dijo que no bailarían con él pero sí para él, si se paraba en el corrillo de gente alrededor de las mesas improvisadas como tarima. Frank contempló con sorpresa y durante casi una hora, los movimientos demasiado ágiles para alguien levantado a punta de labores de campo, acompañados por las palmas y los silbidos, cuando no los coros de los asistentes siguiendo la melodía de la rocola.

Bajó sudorosa, alisándose el cabello rebelde de valquiria que llevaba trenzado hasta la cintura, y lo invitó a comer de los platos típicos que se

ofrecían en buffet por la plaza del pueblo. Era entrada la noche cuando dieron por terminada la cena y ella lo miró fijo diciéndole “te espero en mi casa a las cuatro de la mañana”, mientras le ponía en la mano una esquila con la dirección. Luego se levantó y desapareció entre la multitud de primos borrachos y jacarandosos que llenaban la plaza.

La casa estaba al borde de la aldea, rodeada por un jardín cuidado con esmero. Los perros del vecindario habían sido adiestrados para no ladrarle a los transeúntes callejeros, sino a los invasores furtivos de los jardines. Con la noche tranquila, Frank llegó hasta la puerta de la casa y la encontró entreabierta. Al día siguiente se percataría de que la dueña era cuidada por un gran danés, que era capaz de poner las patas delanteras en el borde del tejado para husmear el sigilo de los murciélagos. El perro cazaba sin ruido a los intrusos sin invitación y se les echaba encima hasta la salida del sol. Pero dormía plácidamente cuando su ama lo encerraba en la perrera del fondo del jardín.

Frank cruzó el umbral y encontró una estancia amplia, completamente iluminada por velas, con sillones de cuero frente a la chimenea y una mesita de centro bien provista de licor y bocadillos. Un piano tocaba una melodía compuesta para espantar el terror de los deseos incontrolables. Frank se sentó y sólo entonces apareció ella, vestida con una túnica de seda blanca sin mangas ni costuras, que caía desde los hombros hasta el piso, dejándole ver apenas las puntas de los dedos de los pies descalzos. El cabello germánico libre y una bella sonrisa de bienvenida. Apenas le faltaban las alas para ser un ángel de iglesia.

Avanzó hacia él y se sentó en sus piernas, hundiendo la cabeza en el hueco de su hombro. No dijo nada. A ratos, Frank le murmuraba oraciones al oído para que ella suspirara. De pronto, ella se levantó, lo tomó suavemente de la mano y se lo llevó al cuarto. Una cama de

obispo gobernaba el espacio, con una vista espléndida al jardín a través de la vidriera de pared a pared a su izquierda. Pero lo más insólito eran las cuatro hileras de alambre de cerca que la encerraban y la puertecilla de corral que había que cruzar para acostarse.

Mientras hacían un amor fogoso que desobedecía el llamado a la calma del piano, Monika empezó a recitar uno a uno los sueños imposibles de mujer de mundo que albergaba en su corazón desde joven, y él le fue respondiendo con fórmulas mágicas para hacerlos desaparecer en el aire, como si fueran volutas de humo. Entonces, por sus ojos brotó el océano que llevaba represado con los mismos espasmos que le contraían el vientre. Nunca antes había tenido un orgasmo.

Se desmadejó sobre él, mirándolo como si fuera el único hombre sobre la tierra y le confesó “Tengo un miedo acumulado de trece vidas”. No supieron que se habían dormido hasta que un ruido extraño los despertó. Las gallinas los miraban de lado mientras hacían equilibrio en las cuerdas del corral y algunos patos asomaban la cabeza graznando por la puerta de la vidriera abierta de par en par. El sol iluminaba el cuarto con un resplandor de medio día. “Hora del desayuno” dijo ella abandonando a Frank en la cama.

Lo acompañó a la estación y lo dejó irse en el tren de dos vagones que lo había traído. Durante semanas le envió tarjetas con frases sueltas y alegres, hasta que un día lo llamó “No vuelvas por aquí” le dijo “porque me he enamorado de ti y tú no puedes llevarme hasta el fin del mundo”.

Todos estos encuentros de resultados tan disímiles habían desgastado los enigmas de los avisos clasificados dejándolos desprovistos de encanto y de sorpresa. Frank no volvió a leerlos hasta el día en que compró un diario alemán

en la estación de tren de Trieste, cuando íbamos camino a Venecia, para quitarme el gesto de incredulidad que yo le dedicaba a sus historias.

Admití mi derrota y él la remachó con el nuevo proyecto de reunir el dinero necesario para pagarse un servicio caro pero fascinante, reservado a magnates y ejecutivos de alto nivel: hacerse escoltar por una diva, cuyo perfil sería escogido por él, durante un día entero con su noche. La versión occidental del centenario arte de las Geishas, al que por desgracia no tenía acceso.



*No dudo que la humanidad superará incluso esta guerra, pero estoy seguro de que ni yo ni mis contemporáneos volveremos a ver un mundo feliz. ( Carta a Lou Andreas-Salomé, noviembre de 1914).  
Karl Kraus*